

R. ARTURO DESPOUEY visto con lentes ahumados

Tomar la parte por el todo, especular morbosamente con una mitad de la verdad omitiendo sistemáticamente la otra mitad, esta es la imputación que hoy, un poco tardíamente pero no por ello con debilitada convicción, formulamos al sueltista del diario "El Plata" que en fecha 27 de abril ppdo. se refirió a la personalidad de R. Arturo Despouey a propósito de sus actuales actividades como corresponsal de guerra en Europa. Se precisa conocer muy bien a Despouey para proponerse tenazmente falsear su personalidad y dar la impresión que no se la falsea, al menos antes quienes tienen una noticia sumaria (inexacta) sobre Despouey. Porque es el caso, que el anónimo articulista de "El Plata", fluido y afinado en el decir, no lo ataca groseramente. Para obtener del lector un crédito de imparcialidad reconoce sus dotes. Pero las reconoce ligeramente y como para quedar en paz consigo mismo. Aligerada su conciencia, puede entonces entregarse con una secreta fruición, que se adivina entre líneas y alguna vez aflora al texto mismo, a la elaboración de una ficha personal de R. Arturo Despouey y tanto más peligrosa en su inexactitud cuanto que no es, paradójicamente, del todo incierta sino en la medida en que es parcial, mutilada, tendenciosa. Así, no nos consta que Despouey conociera "hora y fecha de cada sonrisa o cada mal gesto de la reina Victoria" o "el número de hebras de seda del mantón real en tal o cual ceremonia" como asegura "El Plata" que conoce, aunque seguramente le consta tan poco como a nosotros. Pero admitimos que así sea. La calculada mentira del articulista en ocultar que además de estas bagatelas acerca de Inglaterra, Despouey conoce más literatura, más historia inglesas, y en general, más espíritu inglés que muchos ingleses y que todos los uruguayos (incluidos, desde luego, el articulista y nosotros). Agréguese todavía en su haber, que ese conocimiento supera abiertamente todas las limitaciones de la mera erudición para convertirse en una fuente de auténtica creación (recuérdese su "Improntu isabelino"). Pero el articulista ignora con pulcritud esta parte de la verdad que parece no convenirle expresar a los poco claros intereses que persigue. En cambio prefiere atenerse a una menguada apariencia exterior que dice, a los sumo, cómo es Despouey en la calle o en el tranvía o en el hall de un cine, pero no cómo es por dentro, en su integridad. No queremos prescindir de las públicas extravagancias de Despouey, de su "cuidadoso descuido en el vestir", de su conducta a menudo arbitraria incluyendo sus habituales y no siempre plausibles carcajadas homéricas en medio de una silenciosa platea d cine. Pero estas extravagancias, que son como un prólogo alusivo a Despouey, no son Despouey, por más que así lo quiera el equívoco, afinado, y tal vez mezquino articulista de "El Plata". R. Arturo Despouey es, en el más elemental y aceptado juicio

sobre sus virtudes, una finísima sensibilidad de poeta que hizo de su reveladora obra de crítica (cinematográfica y teatral) una alta forma de creación. Porque tasadores más o menos certeros del espectáculo artístico los hay o puede haberlos con relativa abundancia. Pero sólo R. Arturo Despouey pudo levantar el punto de mira hasta convertir los apuntes de la crónica diaria en la afirmación de un postulado estético que organizado y sistematizado en una labor periodística que abarca quince años (“El Nacional”, CINE RADIO ACTUALIDAD, “Marcha”), constituye por su repercusión en los públicos jóvenes y desprejuiciados, un movimiento de renovación cultural y de independencia de juicio incalculablemente beneficioso en medio de la chatura y la abulia de nuestros programas oficiales de docencia. Pero todo esto escapa a la fina percepción del cronista del “El Plata” que prefiere ver en él, la representación de un “joven Duque de la gran época imperial”. Naturalmente muchas otras cosas escapan también a su análisis. Precisamente todas aquellas que hacen de R. Arturo Despouey un talento, que en este “ambiente municipal de Montevideo”, camina a contramano por urgencia de su modalidad, que Despouey tiene la valentía de no sofocar, y no por pedantería. No insistiremos hoy acerca de ellas, porque esas virtudes son obvias para el lector. En cuanto al articulista de “El Plata” las ha perdido de vista, ocupado como está en contar el número de hebras que tiene el uniforme de corresponsal de guerra de R. Arturo Despouey.

H.R.A.